



ILUSTRACIÓN: SAHDI GONZÁLEZ

Bule
var.
Mani
gua

Texto con y sin Personajes

Fragmento de Novela

Fernando Nieto Cadena

*Nocturno de celaje deslumbrante
Tu encanto rememoro a cada instante
Romance de un momento que viviera
Con el alma iluminada
Descubriendo en tu mirada
Un amor que nadie tuvo para mí*

*Fatalidad, Laureano Martínez,
versión de Julio Jaramillo.*

Lo sé. Hay un tipo por ahí que se la pasa escribiendo sobre desamores y soledades bajo mi nombre. Debe ser un caso de homonimia o una poco y nada feliz coincidencia. Mucho de lo que escribe me ha pasado a la misma hora, en el mismo lugar y con la misma gente. Él, viviéndolas en su triste condición humana; yo, en lo que siempre he sido, personaje de mi única y propia novela, la que estoy ¿describiendo? ¿viviendo? Que quede claro, nada tengo que ver con ese tal Fernando Nieto. Yo, al contrario, soy Fernando Nieto.

De vez en cuando me ha dado por leer poesía. Debo confesar que soy poco talentoso para descifrar eso que los poetas encuentran en las palabras y hacen emocionar a las mujeres. Un ruso escribió cántale a la mujer que se entrega a otro. Desde mi punto de vista –algo así como depositario del chisme, comunicólogo, y promotor del rumor, periodista– el ambiente de la cultura tiene su gracia. En apariencia se trata de gente alivianada, cuidadosa del lenguaje y con ideas superiores al resto de los mortales. Basta una sola tarde o noche alrededor de una mesa para descubrir que son tan iguales a cualquier hijo de vecino. Son: léperos como carretonero de mercado, beodos como cagaletas de policiales y puritanos como siervos de Provida. Claro, también hay de los otros pero son pocos. Ah, y las florcitas de invernadero, qué tiernas y dulces al hablar de Kundera, Paz y Corian; hacen muecas si hablan de Efraín Huerta o Juan Gelman. Confieso que he leído sólo a Huerta y eso porque en la prepa un maestro de los del 68 quiso –decía– desarrollar nuestra creatividad y nos obligó a leer un chingo de poetisos y poetitas de los que sólo me acuerdo algunos nombres y ningún verso. Bueno, debo hacer un breve mutis. Alguien está llamando a la puerta y, no falla, empieza a sonar el teléfono. Al mismo tiempo, por supuesto.

Si alguien pregunta a Fernando Nieto qué es Guayaquil para él, con seguridad parafraseará a quién sabe qué poeta ruso diciendo que es como una mujer a la que no me alcanzará toda la vida para amarla. Por fortuna en la isla no hay calle de músicos, vagabundos y poetas como en Moscú, Nueva York o París. Bueno pues, yo tengo la culpa por lo que solicito me disculpen, pero no se trata de hablar de ese escritor sino de contarles la historia de mi existencia azarosa e indescifrable por culpa de los avatares que todo buen personaje de novela debe experimentar en cada capítulo. Trataré que este relato sea lo más preciso y fiel a los hechos. Por ejemplo: Cómo vine a estos manglares si estaba a punto de convertirme en la celebridad menos afortunada de la comarca defesina. Esta es la primera vez que digo por qué salí del Desmadre Fenomenal y recalé en los trópicos húmedos del golfo mexicano. Esta rumbita dice.

I La Isla

*Yo no sé cuán radical es usted,
ni cuán radical soy yo.
Seguramente
yo no soy suficientemente radical;
es decir,
uno debe ser siempre tan radical
como la realidad misma.*

Lenin

*Una simple repetición,
una simple forma de sobrevivirme
convertido en una especie de autorrecuerdo.*

José Revueltas

A la mitad de la tarde el viento empezó a soplar con su acostumbrada precisión. La amenaza de lluvia era cada vez más visible. La gente comenzó a buscar refugio justo cuando los primeros toldos de los puestos de chucherías empezaron a volar sobre las cabezas de la gente que no tuvo más remedio que ampararse en el Casino del Mar, milagrosamente abierto porque había no sé qué espectáculo del Comité de Feria, la Casa de la Cultura o algo así. Antón, con la cerveza en la mano, se dedicó a mirar las exposiciones fotográficas. Una era de niños de La Manigua. Oyó que unas chicas entre doce o trece años mentaban madres a todo pulmón porque les habían fotografiado sin su permiso y las estaban exhibiendo y que esas fotos no permanecerían mucho tiempo que antes de que termine la feria ya habrán desaparecido que la chingada madre de ese puto fotógrafo que las agarró desprevenidas. Subió los escalones y se encontró con un escenario con cámara negra como si fuera un teatro. Recordaba que este sitio era un salón de baile por lo que no pudo explicarse qué había sucedido. Alguien hacía una presentación. Ah, vaya, pensó. Buscó un lugar donde sentarse. Consiguió una silla y se dispuso a esperar que pasara la lluvia para seguir mirando la feria que estaba muy pobre, tanto que hasta le habían dicho que lo único bueno de verse era lo que presentaba la Casa de la Cultura en el Casino del Mar. Empezó a entusiasmarse con lo que el grupo interpretaba. Canciones que en su juventud ya eran viejas. Ritmos que se habían perdido entre los recuerdos azarosos de una adolescencia empeñada en demostrar una hombría que nadie cuestionaba pero que era necesario ratificar a cada momento. Se dejó llevar por el contagioso desliz de percusiones y violines que le hablaban de un manisero vendiendo su cucurucho de maní, de la pregunta eterna por saber mamá de dónde son los cantantes mientras Amalia Batista, mami, sacude a los hombres. Se vio en el patio de su casa, después sabría que a eso los cubanos le llaman solar, con los primeros pasos que la vecina del segundo piso intentaba enseñarle sólo para estarlo abrazando y besuqueando en lo oscurito bajo la escalera mientras el vecindario organizaba la próxima fiesta de año nuevo. Y se vio bailar sin saber por qué las lágrimas negras duelen más que las otras, las normales. Y la vecina que sigue metiéndole mano por donde no debe porque si el marido nos ve nos abarraja una cantata de balas y ella que no, que no está aquí, que tiene guardia en su trabajo que vámonos a mi cuarto para que sepas lo que es más dulce que el dulce. Vuelve al presente cuando el grupo hace la presentación de sus integrantes, músicos profesionales que se reunieron para difundir la música caribe y se percata que dejó de llover, que de todas maneras se queda porque la música está chévere y le removió el corazón, se le agitó la sangre y lo puso a soñar y revivir todo lo vivido en esos años cuando era feliz y aprendiz de comunista. Cosas tiene la vida, asere.

Ahora camina evitando chocar con la gente que deambula sin preocuparse de los charcos. Sus amigos tenían razón, la feria no tiene ningún atractivo, salvo lo del Casino,

porque hasta el palenque tronó con todo y su firmamento de pacotilla. Los juegos mecánicos repetitivos y traqueteantes por los muchos servicios prestados siguen interesando a los muchachos para quienes sentir el vértigo debe ser una aventura semejante a una guerra mundial. La gente pasa y pasa, se detiene en algún puesto, pregunta el precio y se va sin comprar, todo está caro y es de mala calidad, se justifican porque sí, porque no tienen por qué justificar nada.

Antón Sierra Brown decide que la noche es una noche perdida, no como la famosa bala y sin la perfidia de esa mala mujer que abusó de nuestro amor. Es una noche sin ángel, sin emoción. Rutinaria y sórdida. Eso. Sórdida como todas las noches que solapan amores clandestinos y pasajeros que bien se merecen otro bolero a lo Álvaro Carrillo y en la cúspide de la pasión vernácula una ranchera a lo José Alfredo Jiménez, que ya son palabras mayores. Busca un taxi y pide que lo lleven para el café en el parque que tiene su nombre pero que todos ignoran que existe y pocos saben por qué se llama así. Se dirige a la esquina de siempre. Los jugadores de dominó siguen en lo mismo, como que no se percataran que llegó julio, que la feria está en marcha, que hay algo más en la vida que ponerse a subvertir el azar con las fichas de marfilina. Pide una orden de melón y una limonada sin azúcar. Saca una libreta y empieza a escribir algunas anotaciones que en el lapso de la feria hasta el café le fueron gatillando durante el viaje. Descubre que, a pesar de todo, estos son sus mejores tiempos. Y empieza. Una tarde Antón de Alaminos bajó del ADO y se dirigió resueltamente al embarcadero de las lanchas para cruzar el canal que lo llevaría a la ciudad, a la que regresaba dispuesto de una vez por todas a conquistarla y hacerla suya.

Antón Sierra Brown bajó del camión y se puso a mirar las lanchas. La mar serena. La panga lejos. Se decidió justo cuando el resto de pasajeros empezaba a empujar para que los dejara pasar. Le habían contado muchas cosas de la ciudad, a la que llegaba por primera vez. La información se cumplía al pie de la letra. Tras el cruce en lancha caminó hacia el parque Zaragoza, preguntando se llega, se dijo. Siguió las instrucciones y caminó hacia la izquierda al salir del muelle. Los recuerdos salen a su encuentro ¿por qué venía? Pensó que debía conquistar la isla. Hizo un gesto teatral de posesión diciéndose que llegaba para siempre. Enfermo de melancolía y de nostalgia, este será su cementerio igual que los elefantes buscan la tierra sagrada donde morir. Antes, se dijo, debo realizar la singular hazaña de inmortalizar mi nombre, por la que seré recordado en los textos escolares y por la que pondrán mi nombre a cafés, calles, hospitales y mercados. Decidió hospedarse en uno de los hoteles que dan al parque, supo que era barato y algo cómodo. Después de bañarse buscó un puesto de periódicos. En el parque hay un quiosco le dijeron. Trama un plan como los de su niñez cuando lenta e inexorablemente soñaba adueñarse de la isla y en poco tiempo ser su Gran



ILUSTRACIÓN: ARIANNA PALMA

Adelantado y Marqués de las Occidentales Tierras aledañas al Reyno de su Graciosa Majestad Imperial. Él. En la Universidad puede estar el vórtice de mi aventura. Al fin y al cabo, su llegada es por la propuesta de trabajo como Maestro de Tiempo Completo. Debo comportarme con seriedad y solemnidad. Regresó al hotel y leyó los diarios y revistas locales para tener una idea de lo que piensa y siente la gente de la isla. Vaya, nada ha cambiado. Sobre la cama se puso a escribir algunas estratégicas anotaciones. Habrá que buscar manceba en quien depositar simiente. Lo primero, un cuadro de apellidos con abolengo y fortuna, después la lista de apellidos con fortuna y sin abolengo y al final los apellidos con abolengo sin fortuna. Los demás no le interesaban. Resumió su pasado en una sola y amplia sonora expresión: ¡al carajo! Hizo el borrador de su currículo para entregar en Rectoría. La carta de su amigo invitándolo a colaborar con el engrandecimiento de este solar patrio, textual, la puso junto al resto de papeles que avalaban y hasta garantizaban la idoneidad para el cargo que desempeñaría. Incluso descubrió un posible antecedente familiar sino en la ciudad sí en el estado. Hizo un rápido inventario de los libros, discos, revistas, carpetas que pudo traer en la maleta con la maltrecha ropa que no pudo mandar a lavar. Dio una vuelta por la calle que bien podría ser un fabuloso malecón que rivalizara con los mejores del mundo. Se le ocurrió que con un poco de ambición la isla podría ser un estado más de la Unión y hasta en un raptó de locura divina convertirse en país, libre, soberano e independiente, a la altura de las grandes naciones del concierto mundial.

Antón Sierra Brown camina sobre el terroso estacionamiento universitario. Pregunta por el señor rector. A la secretaria pregunta por su amigo, conocido entre los cuates como Epifonemo de la Voz Quebrada. Con sonrisa a flor de dientes se presenta como el Doctor Perpetuo Encandilado del Saber Sublime; es una broma, aclara, ante la mueca de fastidio. Soy el Doctor en Economía y Licenciado en Derecho, Antón de Alaminos, futuro y próximo descubridor de esta ínsula, con algunas maestrías de consanguinidad científico-administrativa. La secretaria en la más pura babia, sin saber si reír, llorar o mentarle la madre por mamón, le pide que se siente mientras avisa al también doctor e ingeniero. Vuelve feliz la secretaria para decirle que fíjese que sí está, pero no lo puede atender este momento, que le espere tantito y que se siente para que no se canse.

Saca de su portafolios, oscuro como remordimiento, un libro más negro que su alma. Lee con voracidad de intelectual a punto de entrar al baño. Pasa las hojas y los ojos con velocidad centrípeta. Al chico rato se aburre y guarda el libro. Se levanta, ve los grabados, bonitos, ¿no? le dice la secretaria. Mucho, pero de una calidad poco confiable en cuanto a su duración, digo, por el material empleado. Mi señora esposa y doctora tendría mucho que objetar y sugerir ya que ella es (fanfarrias celestiales) licenciada en Matrices Ortopédicas para la Conservación de Obras de Arte, y tiene Maestría, por supuesto, en Discursos Preposnatales. Disculpe señorita ¿será que todavía se dilata y pueda ir al sanitario para satisfacer mi dosis básica de descomposición humana? Gracias.

Antón Sierra Brown baja del taxi. Paga y se dirige al restorán de ambiente familiar donde deben estarle esperando sus amigas. A la entrada una pizarra anuncia el fenomenal show travestí que ha conmocionado a Europa, China y América. No cover. Entra. No sabe qué le aturde más, si el ensordecimiento por el ruido infame con más de quinientos o mil wats de potencia o la agresiva impetuosidad de los juegos de luces. A tropezones con meseros, mesas y meretrices, da vuelta a la pista como quien da vuelta al ruedo. A medio camino se encuentra con rabo y oreja, con sus amigas que ya instaladas ante una mesa beben como si el día del juicio final estuviera por llegar. La frase es un lugar común, pero me da la gana, joder. Se acerca, saluda de besito y se sienta. Ve que no están solas. Las acompaña una flor de invernadero que entre apenado y risueña (apenada y risueño) le extiende la mano con languidez para que se la bese en rito caballeresco ¿Y este puto feo y pobre? dice suponiendo que lo ha hecho caca. El puto feo y pobre respinga la nariz y con voz de alondra susurra, ay además de mamón eres un hijo de la chingada, y se levanta con la susceptibilidad herida entre las nalgas, concluyendo con un dolido ¿para esto me invitaron? Se ríen los tres. Él y ellas. Adiós Chulis le gritan en coro mientras se va meneando su culito estrecho (lo de estrecho hace relación a una expresión muy popular en el norte de América del Sur, y no a una experiencia previa de auscultación perimetral del ya citado culo). Sus amigas le llenan un vaso. Hielo primero, ron después, cuentan hasta quince porque sino la casa pierde si cae más trago. Estás bien loco, alcanza a escuchar antes de cerrar pesadamente los ojos. Despierta. Una sed marca cruda de campeonato mundial le revienta la cabeza, el hígado, el estómago. Su sistema nervioso a la miseria (a cambio de esta última expresión argentina podría decirse con mayor sencillez y decencia, a la mierda).

Antón Sierra Brown recibe un sobre en la recepción del hotel. Sube presuroso al cuarto. Lee. el desencanto le cobija. Pura publicidad partidista de un taller de corte y confección de la ideología militante para confeccionar el -su- futuro político. Está visto que estos güeyes ya costuraron su futuro económico. Se interroga ¿debo ir? Se cuestiona ¿iré? Como los cruzados que cruzaron la mar océana para embutirse de oro a cambio de canicas ¿debo ir a estos santuarios de la mediocre cursilería partidista? reconoce que es tautológico ya que toda cursilería es mediocre. Iré como adelantado summa cum laude con la bisutería de mis conocimientos benedictinos para brillar entre las zarzamoras de la ciencia. Y recita como si fuera ayer que escribió: la primera vez que me deslumbró el avariento resplandor de los tesoros de indias fue en las tabernas de Sevilla; un gitano de postín que en su dura menda sólo caben aretes y pañuelos, mostraba a la concurrencia dijés de oro y plata que pudo rescatar de la voracidad filibustera de los hijos de puta de Albión.

A la primera señal de cansancio hizo su tradicional gesto de fastidio y se puso



a leer las memorias de aquel anciano actor que descubrió una tarde al pasar frente al kiosko de revistas. Se entusiasmó sin percatarse que empezaba a vivir una triple vida. Las dos que ya cargaba, evidente, no eran muchas y podía cargar con otra más, por lo menos. Sin vacilamiento se dio a la tarea de explorar el más remoto pasado de ese individuo con quien estableció un oculto parentesco que le imponía una nueva rama a su árbol genealógico.

Lo primero. Ubicación cronológica de quien deviene bisabuelo. Antecedentes familiares. En cada familia distinguida nunca falta un santo, un ladrón, un loco y una puta. Al bisabuelo le corresponde el alto honor de ser el ladrón. Los otros cargos estaban por cubrirse, en particular la de la puta que es una mezcla de festivos infortunios. En el caso del santo sólo era cosa de encontrar un güey para proceder a la canonización. La locura él la asumió ya que no en balde sus parientes y amigos le llamaban el loco porque el mundo es así.

Segundo. Historias. Tras una fracasada empresa naviera, desfalcos y transas varias de por medio, supuso que lo mejor era abandonar la ingrata tierra que lo vio nacer y buscar cobijo allende la mar océano donde esperaría a los osados colonizadores abierta como piernas de viuda desolada una tierra ansiosa de ser poseída. Repitió engaños que hoy sí le dieron resultados y pronto pasó a merecer el respeto de los pobladores de la isla que no ha mucho en su nombre llevaba la penitencia. Ahora su apelativo era la invocación de un cantar nacido en el mar. Isla del Encanto. Isla del Ensueño. Un descomedido blasfemo: Isla de Mierda. De todas maneras florecieron sus negocios que le autorizaban a exigir honestidad a sus vecinos y colaboradores. Es más, se escandalizaba con los esporádicos escandaletes de mujeres ebrias de mar y ron tras los muelles, cuando los vaporinos descargaban su lastre de tejas francesas en trueque por los palos de tinte. En su vejez, como todo buen buey, olvidó que alguna vez fue becerro.

Tercero. Documentos comprobatorios del feliz parentesco. Como sucede en estos casos la memoria siempre es frágil y promiscua. Después de todo, la historia se ha hecho de presuntas averiguaciones cuyos comprobantes son incompletos, poco fiables y desconocidos. De la mayoría se sabe por referencias cultistas que no ofrecen el dato exacto para la adecuada configuración del hecho in situ. Esto le permitió imaginar un romance otoñal con una damisela en flor. Como un Virgilio cualquiera tuvo su Beatriz para descender al infierno. Esta vez el infierno no fue metafórico. Fue real. Tan real como los descarnados cuernos que intuía crecer en sus sienes ya plateadas por hilamentos de luna por sus avariciosos celos cada vez que ella se levantaba la falda para treparse a los cielos de los orgasmos en su marital ausencia. Dispuso que su bisabuelo debió hurgar en el orgullo familiar y restituir la honra al apellido. Acuchilló, pues, a quien en lechos de pluma mancillaba su honor en lides de amor. Se contaron, contabilizó, 137 heridas en un diámetro no mayor a los 4.5 centímetros. El juez encontró que la acción de su, ya para entonces, honorable pariente había sido justa y merecedora de

aplauso. Lamentó -eso sí- que no haya ejercido justa venganza en el cuerpo del amante de turno quien logró huir hacia el pueblo de Villadiego.

Falta sólo completar el romance de la reputa bisabuela para que el árbol genealógico se complete. De mis orates circunstancias ya se recopilará la información en su debido momento, vamos, ya habrá noticias. Entre tanto hemos de prepararnos con unción cristiana para el próximo entronizamiento de mi abuelo mayor a los altares, quien desde la próxima cuaresma será santo y una estrella más rilará en la corte de los cielos inmortales.

Ella te mira desde su escondite tras las persianas, cuando su cuñado con los tragos de rigor se debate con la guitarra para serenarse por el día de las madres a su suegra de entonces. Oye las interminables discusiones sobre arte, cultura, la realidad nacional con las que los pomos pasan de mano en mano ya hartos de vasos y buenos modales. Ella desde el bunker de sus doce años permanece en espera de tus palabras porque, te lo dijo siete años después, iba perfilando lo que sería al crecer. Han pasado otros siete años y sigues recordando lo que te dijo hoy que la tienes a tu lado, en ese rincón de tu cama que también lo es de tu alma para no encontrarte solo y te parece mentira que no lo estés y te levantas y vas al baño para la primera ablución, recapacitas en la palabra que aunque no venga bien al caso y aunque sí, la usas cada mañana para resumir tu primera visita al Niagara Falls Water Closed y te reconviene, como siempre, tanto ruido barroco para cagar aguado light. Ella te mira desde sus quince años cuando te despides porque te cambian de taller. Son los últimos brindis en la capital mundial del calzado y la divina salsa para empujarte los pasitos rechéveres de tu afrocaribeñidad nunca desmentida. Ella te dice que si bailas con ella este danzón, pero me enseñas, y qué remedio le dices. Pero nos vamos de cachetito para no perderme le aclaras. Ese danzón fue un bolearazo que hizo historia porque te dejó el recuerdo de sus florecientes senos que entre ingenuos y osados se te restregaban y tú sin saber qué nota pana, qué onda con esta chavita que se te da y no pero quién sabe si sólo es su estilo de bailar un danzón abolerado para que su mami no se dé cuenta que lleva tiempo con la danza contemporánea y sus pininos teatrales. Ella buscaba en las carteleras de la Casa de la Cultura los anuncios de las presentaciones de libros, conferencias, lectura por si tu nombre aparecía. Y un día apareció y estuvo con su novio. Después de la lectura te acompañan a cenar y te cuentan de su grupo, del trabajo que están haciendo con títeres, marionetas y narrativa oral pare reelaborar mitos prehispánicos y continuarse hasta la época actual. Ella insiste en que si se dedicó al teatro fue por esas charlas en la casa de su mamá cuando ibas con su excuñado a tomarse los primeros tragos de la noche antes de salir hacia los que llamas centros culturales nocturnos. Ella escucha

todo lo que discuten mientras su futuro aún sin horizonte moldea su vocación. Con nerviosismo la liberas de la sábana y ves su cuerpo, trigo quemado al sol, qué cursi pero es cierto y le besas los hombros reteniendo sus senos con la punta de tus dedos mientras bajas por su espalda y te instalas en el nacimiento de sus nalgas y una de tus manos bajas hacia el ombligo, juegas un rato y bajas hasta la creciente humedad de su vagina que se abre al tiempo que se despereza y te pide que subas para el beso primero y subes sin soltar su pecho ni su sexo y te acomodas entre sus piernas en un leve y apremiante serrucho para sostener el beso largo con esgrima de lenguas, tu pecho sobre su espalda, se ladean para que las caricias sean más intensas. Ella se aferra a tu erección y baja y sube sus manos colocándose en posición de ataque reclusivo que es como más le gusta, te lo ha dicho y te lo sugiere y tú entiendes el reclamo y haces como que no pero la sorprendes y entras y sales y empieza a gemir como si llorara, le preguntas si está llorando, te dice que no que está gozando y tú con la confianza de no lacerarla entras de lleno y como en las viejas rumbas de siempre te sacudes para agonizar mientras tus dedos son apretados por su coño y ella respinga el culo para que la penetres más y la levantas sin salirte para permanecer arrodillados y le besas la nuca y mordisqueas su oreja derecha y pasas a la izquierda y te busca para otro beso de lengua y tu manos se reparten pezones y labios vaginales. Ella te mira. Te cuenta otra vez por qué se dedicó al teatro, lo mucho que le ayudaste al hablar con su mamá para decirle que no obstaculice sus inicios y cómo casi se hizo del grupo porque les cose el vestuario y les prepara todo lo que necesitan para la escenografía con su habilidad artesanal. Te pregunta si volverán a verse, que cuando vayas a México le hables para empezar otra vez esta breve historia de encuentros y desencuentros. Que sí le dices, que ojalá pudieran ser más seguidos estos acuestes y recuestes. Ella se ríe. Te besa. Debo irme. Se va. Ella te mira desde las persianas de la puerta que separan la sala del comedor, desde su escondite de doce años. Ella te mira y recuerdas por qué hace teatro. Afuera Bronco norteñiza el tango yo la quise muchachos y la quiero/y jamás yo la podré olvidar.